

## DESDE EL TREN

Cuando ya tenía el pie en el estribo me he acordado de que no había hecho la crónica para NUEVO MUNDO, y estuve á punto de decidirme á perder el tren y el billete, antes que dejarlos á ustedes sin el palique hetdomadario.

Voy á Portugal, país extraño, donde no sé cuántas emociones me esperan, además de la emoción de no entender ni una palabrita de lo que me digan.

En Valencia de Alcántara comienzo estas cuartillas y comienzo á padecer; desde este punto me rechazan los duros como si fueran sevillanos con fe de bautismo, y me rechazan las pesetas, y me rechazan los billetes y me lo rechazan todo, y me echo á temblar, y digo: «Pero, señor! ¿es posible que para una vez que tengo veinte duros de más no me sirvan para nada?»

Por fin he tenido que cambiarlos á moneda portuguesa, y no me acuerdo cuánto me han dicho que me daban después de quedarse con algo; pero creo que ha sido una cosa así como 987,454.629 reis.

Al principio he creído que se trataba de una equivocación del cambista, ó que era un negocio pingüe solamente el hecho de cobijarse en Portugal; pero luego más tarde, cuando me han pedido doscientos reis por una botellita de cerveza muy chiquirritita, he visto que toda mi millonada de reis va á durar muy poco.

Acaban de salir de mi departamento los carabineros. Estos hombres son unos seres amables á pesar de que lo fisgan todo, y todo lo inquieren, y todo lo abren, y todo lo revuelven; es el carguito más antipático que hay en las naciones civilizadas.

Menos mal que no vienen con una carabina, porque por algo se llamarán carabineros, y le dicen al pacífico viajero:

—¡Eal, á enseñármelo todo ó le descerrajo á usted un tiro.

Un tiro no le descerrajan á uno; pero el baul, ¡ya lo creol, en cuanto se resiste cualquiera á dar la llave.

Yo estoy deseando ya que triunfe cuánto antes la doctrina de que no haya fronteras, aunque no sea más que porque no haya carabineros.

Teméndome estaba que el carabinero me dijera: «¿Pero no lleva usted más calzoncillos que estos?» ó «¿canastos, que bien está usted de calcetines!»

Afortunadamente se conoce que he dado con un carabinero discreto y reservado, y aunque se haya metido en mis interioridades, no se ha metido á juzgarlas, ¡menos mal!

Otra de las cosas estupendas que me ha ocurrido es salir de Valencia de Alcántara cerca de una hora antes de llegar. Es asombroso esto que pasa en el pequeño extranjero, como me permito llamar á este reino vecino, vecino de ustedes.

Todavía no he tenido tiempo de estudiar las costumbres del país, porque desde el rápido se ve todo muy deprisa; pero al paso que voy, todo se andará.

No se fijen ustedes en la letra, porque con el movimiento del convoy se me va la mano y la pluma. No volveré á escribir desde el tren aunque me hagan jefe de ruta, ó revisor, ó como se llamen los que tienen que escribir en el tren. ¡Por Dios que se ganan el dinero con más trabajo que nadie!

Almorzaré en Entroncamento, pero solo; esto de *entroncamento* suena á que va á haber otro, y no es eso. Entroncamento es una estación como otra cualquiera, sino que más molesta porque hay que cambiar de tren.

Hasta ahora, y ya voy llegando á Porto, no he visto trabajar más que á las mujeres; la vida del portugués debe de ser muy regalada.

El distintivo de la servidumbre en las mujeres, además de ir descaldas, es llevar una especie de faja sujetándose las caderas, y unos sombreros calañeses encima de los pañuelos con que cubren la cabeza, sobre los cuales llevan todas las cargas que se les presenten.

Así como en España nos lo echamos todo á la espalda, especialmente cuando se trata de

algo muy pesado, aquí se lo echan en lo alto de la cabeza; pero las mujeres, ¿eh?, los hombres nada; por lo menos nada que se vea.

Llego á Porto sano y salvo, y en la estación me esperan otros carabineros que desde luego me invitan á que les enseñe otra vez el equipaje, en el cual meten mano, con su buen guante de hilo, y ahondan; no sé que se figurarán que voy á traer en el fondo.

Ustedes saben que yo en el fondo soy bueno; pero aquí los carabineros no lo saben.

No sé lo que será de mí en esta ciudad que no conocía más que por el vino; lo que sí sé es que se llega bastante fatigado porque son veinticuatro horitas de tren entre unas cosas y otras.

No sigo porque me estoy poniendo triste y se me saltan las lágrimas.

¡Adiós, que no haya novedad!

¡Ay! ¡No saben ustedes lo que es estar lejos de la querida patria!...

Yo me ahogo.

FÉLIX MÉNDEZ

## LA MUJER MODERNA

Los grandes artistas, los pensadores, que han penetrado con el escarpelo de la observación en el fondo de las almas y han sintetizado el sentir de muchas mujeres, para formar la mujer tipo de sus obras, nos presentan figuras dignas de estudio, porque resumen en ellas la modalidad de las mujeres de su época.

La *Nora* de Ibsen, que despertó tantas protestas, no es en el fondo más que una mujer sencilla y buena, que desea ser comprendida, aspirada como una flor, y escapa á la prosa de la vida para vivir sumergida en el ensueño. ¡Hay tantas como ella! Por eso sin duda, el retrato de la adorable muñeca suscitó tantas controversias. Ella comprendía una tercera parte de la humanidad.

De las otras dos partes, la una, vulgar y etereogénea, guarda reminiscencias de todos los caracteres, de todos los tipos. Sus individuos pasarán inadvertidos ó irán con un sacudimiento emocional á los grandes hechos; la otra está caracterizada por los tipos de mujer moderna que han retratado Max Nordau y Bernard Shaw.

El hecho de que el dramaturgo inglés y el sabio alemán que vive en el ambiente parisién, coincidan en la creación de un tipo de mujer arrojada, varonil, pensadora, tal como se forma en la atmósfera de las universidades, prueba cuánto se extiende en el extranjero.

Existe un extraño parecido entre *Morganáticos*, de Max Nordau, y *Mistres Warren's Profession*, de Shaw. Nicolasa y Vivie son dos jóvenes que se han educado solas, lejos del calor del hogar, en los grandes centros de cultura, y ambas hijas desdichadas, sobre cuyo nacimiento pesa una fatalidad social. En el carácter de las dos hay mucho de frío, de egoísta; son capaces de sacrificar todos los impulsos del corazón en aras del cerebro.

La diferencia que existe entre las dos, la establece el arte. Nicolasa es artista y es noble, buena, generosa, sabe disculpar las flaquezas ajenas y ser misericordiosa con los débiles é intransigente con los fuertes. Si contraria á su madre, es para dignificarla y hacerla dichosa; si rechaza á su amante, es porque se ha convencido de su pequeñez y le ve tan indeciso, tan inútil, tan insignificante de espíritu, á pesar de su figura de dios griego, que empieza por sentir la compasión para acabar en el desdén. Nicolasa de *Morganáticos*, es la mujer perfectamente equilibrada, que sabe sentir la tolerancia y envolver las faltas en piedad dulce; tal vez por eso resulta fría en ocasiones.

Vivie es otro tipo: es la joven *bachillera* de corazón seco, que no tiene ideales y prefiere el goce de ganar y contar su dinero ó el que proporciona escuchar un bello trozo de música, y no comprende la poesía de la Naturaleza ni del Arte. Vivie es intransigente por orgullo, porque se cree superior. Su feroz honradez se hace

antipática cuando se vuelve para acusar á su misma madre. Rechaza á ésta por sequedad de corazón, por desamor, y al amante por desconfianza. No hay en toda ella un momento de bondad; no piensa en la redención de los que ama, sino en poner á salvo su egoísmo. No tanto la crudeza de las verdades dichas, valentía por el gran dramaturgo y que extremecen con su sinceridad los corazones, es lo que hace temible esa obra; por todo el público corre un escalofrío nervioso cuando la muchacha educada con el sacrificio de la madre, para que no conozca la necesidad y la miseria que á tantas infelices lanzaron al abismo, dice: «Tú me atacas con la superioridad convencional de una madre y yo me defiendo con la superioridad convencional de una mujer honrada.»

Después de esta escena se comprende la exclamación de la mujer infeliz: «Dios nos guarde de un mundo en que todos quisieran obrar rectamente sin ninguna consideración.»

Las españolas estamos más cerca de la dulce Nora, que de las otras dos. Tal vez nos aproximemos algo á Nicolasa, si no por la independencia, por el carácter en que la rectitud y la energía no excluyen la piedad, el amor y la ternura. El tipo de mujer rectilínea, monocrarda, que no piensa más que en sus negocios y no enjuga las lágrimas de una madre, aunque ésta sea la señora de Warren, no lo comprendemos en esta tierra de pasión, donde las amantes saben morir con un amor único y donde toda mujer es capaz del sacrificio personal por la familia y por la humanidad. Si la sensibilidad es signo de ser inferiores, como ha querido algún sabio, bienaventuradas las inferiores que tienen fuerzas en su alma para amar, perdonar y sacrificar. No envidiemos á las superhembras de esas creaciones modernas, que no conocen la dulzura de un beso ni el calor de una lágrima.

COLOMBINE

## EL PELIGRO MARCONI

Con motivo de las actuales maniobras de la escuadra inglesa en el Mar del Norte, se está haciendo mucho uso de la telegrafía sin hilos para comunicar desde tierra á los buques las órdenes del Almirantazgo.

Con este motivo, y teniendo presente los daños producidos á la salud por el abuso de los Rayos X, un diario de Londres ha preguntado al célebre William Crookes, autor de los tubos que llevan su nombre, si la nueva telegrafía, que como los Rayos X no es sino una vibración de las ondas de éter, podrá originar á la larga, graves trastornos físicos á aquellas personas que la emplean, y á la humanidad en general.

Crookes se ha manifestado reservadísimo sobre ese punto, dejando entender, sin embargo, que existe el peligro en cuestión. Por lo que, á su juicio, convendría hacer experimentos á ese propósito, á fin de prevenir el daño á todo tiempo.

## TAFT Y SU CABALLO

Mister William H. Taft, que acaba de ser designado candidato republicano á la Presidencia de los Estados Unidos, es un hombre de peso. Como que excede de 150 kilogramos.

Esta obesidad de Mr. Taft, no le impide ser un gran aficionado al deporte hípico. Siendo gobernador de Filipinas, enorgullecíase de sus resistencias para la marcha á caballo, y lo justificaba con los hechos. Cierta día permaneció en la silla diez y ocho horas consecutivas. Al desmontar envió á cierto amigo, el siguiente despacho: «He recorrido 160 kilómetros á caballo. Estoy como si tal cosa.»

El amigo contestó así:

«Celebro esté bien. Pero, ¿cómo está el jaco?»